

EL BOSQUE DE LOS SUSURROS

Anibal Plaza Barreiro



Aníbal Plazas Barreiro

El bosque de los susurros



Bogotá, abril de 2013

Primera Edición
Título: El bosque de los susurros
© Aníbal Plazas Barreiro / Autor.
Bogotá - 2013

© E-ditorial 531 / Editor
Bogotá D.C. - Colombia - 2013
Calle 163b N° 50 - 32
Celular: 317 383 1173
E-mail: info@editorial531.com
Web: www.editorial531.com
ISBN: 978-958-57403-7-2

Corrección de estilo
Clara Inés Giraldo Mejía

Ilustración y diseño de portada
WarDesign (SaintCat & Perversa)
Alfonso Carrillo R

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en o retransmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, impreso, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

El autor y su obra

Aníbal Plazas Barreiro, nació el 29 de agosto de 1960 en Campoalegre, Huila, pero vive en Neiva hace treinta años. En 1991 se recibió como licenciado en Lingüística y Literatura en la Universidad Surcolombiana y se desempeña como catedrático en esta misma, así como tallerista del Banco de la República. Ejerce la docencia con misma honestidad y pasión que la lectura y la escritura. El trabajo cotidiano con niños y jóvenes se ha convertido en las fuentes reales de su creación.

Emilio y sus amigos se internan en *El bosque de los susurros* donde se enfrentan a criaturas misteriosas, algunas horrendas como la enorme serpiente negra. La capacidad de Emilio para comunicarse con ellas y un arma infalible son sus únicos recursos para encontrar el camino de regreso. Esta impactante obra busca abrir los ojos

de unos y mantener alerta los de otros, acerca de todo lo que nos estamos perdiendo por no escuchar lo que nos dicen las aves, los habitantes del bosque e incluso nuestra propia imaginación.

Además de El bosque de los susurros, Aníbal Plazas también publicó la novela Emilio Alfaro corazón de pájaro con E-ditorial 531.

El bosque de los susurros

EL PASEO

El día llegó. El aire libre, la caminata, el juego, el baño y la diversión le presagiaban al grado 604 una experiencia inolvidable. Sí, eran razones suficientes para no faltar, aunque a los Diablos Rojos los movía una razón más: conocer el lugar de las fantasías nombrado por sus padres, prohibido por las innumerables y terroríficas historias que de él se contaban.

La cita era a las seis y treinta de la mañana, frente a la entrada del colegio. Desde las seis y quince empezaron a llegar los primeros excursionistas, cargados de buen ánimo y ricas viandas envueltas en hojas de plátano.

Sus bolsos ya no portaban las extensas lecciones de Matemáticas, Ciencias, Geografía, Historia, ni mucho menos los libros de personajes y duendes, de leyendas, mitos y cuentos que

el profesor de Español les presentaba en clase; ahora, llevaban exquisitas presas de pollo, carne asada, arroz, papas en salsa, galletas, dulces y gaseosas que, acompañados del vestido de baño, la cachucha y la toalla semejaban una gran bolsa de campaña.

Todos lucían el uniforme deportivo. Aunque usado por varios meses, la camiseta lucía un blanco brillante, tenía rayas verdes en los puños y el cuello. El verde limón de las sudaderas se había regado por toda la calle.

Eran las seis y treinta. Todos habían llegado. Los profesores acompañantes también estaban listos para partir. Desde hacía unos meses se les había dicho que en la primera semana de junio los llevarían de paseo a un día de campo, caminata, baño y juego; y por fin, el turno le correspondió al 604, el curso más indisciplinado pero el que siempre encabezaba el cuadro de honor.

Nadie faltó al paseo. Cuarenta y cinco velas a la deriva: treinta niñas y quince niños; Cristian, el menor tenía diez años y Daniel, el más grande, catorce.

Desde que empezaron las clases, se notaron vientos borrascosos en el curso. Por eso, era de esperarse que los niños mostraran el don de macho y armaran toldo aparte; y que las niñas hicieran lo mismo. Los niños formaron varios grupos: uno, en el que se reunió a los más gran-

des; otro, a los más pequeños; y otro, sin igual, que incluyó desde el más pequeño hasta el más grande: Cristian, Emilio, Diego León, Francisco, Daniel, que era el que más cuerpo tenía, y Tortuguita, que se había juntado más tarde. Ella era la única niña del grupo.

Los vientos sanjuaneros sacudían los árboles y todo parecía como de aire. Ellos mismos, los Diablos Rojos, eran habitualmente de aire, y a menudo hasta se imaginaban viviendo en grandes casas de nubes. La mañana anunciaba un día caluroso. El camino se extendió en cuanto tomaron el callejón. Un kilómetro después de las últimas casas del pueblo, en el cruce de los vientos, hicieron un alto para esperar a los rezagados. Y después de juntarse, se encaminaron por la llanura, treparon la montaña y descendieron luego, en busca de los linderos del río Blanco. Faltaba poco camino.

A medida que avanzaban, el bosque se los iba tragando. Escucharon a las vacas que rumiaban en el llano reseco por el verano. El piar de los pichones ensayando el vuelo se atragantaba el silencio. El viento musitaba la historia de las hojas secas bajo los pies de los niños y algunos insectos salían en desbandada en busca de aire fresco.

Se adentraban cada vez más en la espesura. Desde lejos, el bosque parecía una mancha de niebla que lo hacía ver más misterioso. Se detu-

vieron de nuevo. Los primeros caminantes notaron que éste era un bosque común y corriente: sin caminos, sin agujeros para mirar el firmamento. Oyeron muy cerca las aguas claras del río, cuya misión era refrescar sus gargantas y alimentar el alma de la tierra.

Mientras esperaban a las niñas, los Diablos Rojos, que siempre eran los primeros, empezaron a indagar en el paisaje. Miraban el contorno, atentos a los elementos espeluznantes que sus padres narraban en las noches oscuras después de la cena. Era la oportunidad de constatar por qué lo llamaban el Bosque de los Susurros.

Las frutitas de zarza se asomaban en hermosos racimos que le contaban secretos a la tierra. Las moras se mostraban apetitosas a los ojos hambrientos de los niños. Cuando se reunieron todos, volvieron a partir. Una colina de bronce se dejaba acariciar en silencio de un golpe de viento. Al terminar de atravesar el bosque, un sol grande y desconocido brillaba en el cielo sobre un paisaje reseco y solitario.

Cuando llegaron al río, todos los rostros estallaron en estruendosa alegría. Las aguas cantaron trinos alegres, entonaron historias secretas de los peces y se rieron a todo pulmón contagiadas por los niños que precipitaban las caras risueñas a su cauce para refrescarse.

El lugar donde se encontraron de frente con

el río era muy escarpado, de piedras enormes y mucha corriente.

—Busquemos un sitio más adecuado —dijo una voz fuerte, incluso para ese espacio abierto.

Era el profesor Abelardo, El Peque, como cariñosamente le decían los alumnos.

—Sigamos bajando hasta que encontremos un buen charco y una buena sombra —continuó.

La ribera del río era un poco escarpada, por eso debían caminar con mucho cuidado. El profesor se fue adelante con el grupo de exploradores, los Diablos Rojos. El sol maduraba la mañana, inundada de color por las flores de los cachingos, balsos y otros árboles de los bosques ribereños.

Con su sonrisa contagiosa, los niños zigzaguearon por entre las piedras y pequeños islotes hasta su sitio predilecto: el charco de las Arrayanas, conocido en otros tiempos como el de la Serpiente de Cresta. Dicen los antiguos pobladores de esta región que el día en que esa enorme serpiente se decida a abandonar el charco, arrasará con la mitad del poblado.

El charco era enorme. La orilla derecha lucía algunos metros de playa con arena blanca y limpiecita, que invitaba a un baño de sol. La izquierda, más estrecha y con enormes piedras arrastradas por el río en otros tiempos, soportaba las descargas violentas de sus aguas y luego se

esparcía en más de diez metros de ancho, sosegando su furia en la calma de la piscina natural.

—Vengan, niños, acordemos unas reglas para el baño —les pidió el maestro—. Primero: dejar en un solo sitio todas nuestras pertenencias: la ropa, los zapatos y los morrales con las viandas. Segundo...

—Un momento, Profe, ¿y la basura? —dijo con voz apacible Diego León —que no se nos olvide amontonar la basura en un solo sitio para recogerla y botarla donde no le haga mal al río.

—Muy bien, Diego León. Cuidar la naturaleza y vivir en armonía con ella debe ser el sentimiento del hombre moderno —agregó el profesor, y continuó: —Segundo: la basura. Tercero: los horarios. Son las ocho de la mañana, hasta las nueve y media vamos a hacer el encuentro de coplas; después merendamos; y desde las diez, disfrutaremos del baño, hasta las once y media.

—¿Y a qué hora almorzamos? —preguntó Pedro Antonio Luna.

—A las once y media. Luego reposamos todos juntos y, a las doce y media empieza el segundo encuentro de coplas hasta las dos de la tarde. Después nos bañamos hasta las cuatro. A esa hora volvemos al colegio. ¿Está claro?

La niña de la sonrisa de limón alzó la mano para intervenir:

—¿En cuántos grupos nos dividimos para cantar las coplas?

—En los que ustedes quieran, Silvia —contestó el profesor—. Cada grupo preparará una copla y la mejor se llevará este premio.

El profesor les mostró un paquete envuelto en papel brillante.

—¿Qué es? —preguntó Tortuguita.

—Nadie lo sabe. Es una sorpresa.

Todos alzaron sus brazos e hicieron un barullo. La alegría brotó por cada uno de sus poros. Formaron los grupos y se dispersaron por aquella playa de río, todos querían el mejor sitio para preparar y ensayar su trabajo.

Los Diablos Rojos escogieron el suyo, el más amplio. La viveza era lo que los aventajaba y Daniel, que era el más ágil, los llevó a aquel lugar. Tortuguita tomó de la mano a la niña de la sonrisa de limón y, casi a empujones, la incluyó en el grupo.

—Los que quieran jugar con nosotros, ¡vengan! —gritó Tortuguita a todo pulmón— ¡Sere-mos los ganadores!

Nadie acudió a su llamado, pero a los Diablos Rojos poco les importó. No era la primera vez. En ese momento, la voz del Peque se volvió a escuchar:

—Los dos profesores que vinimos, vamos a

participar con ustedes. En quince minutos hacemos la presentación.

Y frotando sus manos avanzó hacia uno de los grupos.

LAS COPLAS

Empezó la competencia. Imagínense una fiesta con piñata, música de orquesta, confites, globos multicolores y mucha alegría. Así era la playa, brillaba con las luces y colores que despedían las sonrisas de los niños mientras jugaban en los brazos libres de la brisa del río.

Todo era júbilo: los árboles lucían una gama de verdes radiantes, las flores silvestres eran de muchos colores y se sentía la placidez de los yarumos que repartían espigas de lana por todos sus contornos. El agua cantarina aprendía secretos de las coplas tejidas a la orilla del río. Los peces danzaban haciendo una trenza de azahar en las olas. Era una mezcla de cantos de niños, de aves y bosque; de río y peces, de viento y brisa, de libertad y carnaval.

Las coplas empezaron y cada grupo lo hizo con la mejor voluntad: baile, aplausos, movi-

mientos para que su copla fuera la mejor. Todos querían obtener el premio. Cantaron coplas marineras, himnos a los corceles del cielo, al cucú del sapito aserrador, a Mambrú que se fue a la guerra y jamás volvió.

*Los Diablos Rojos, entonaron ésta:
Hoy venimos a cantar
en esta tierra bonita
y saludar a la tierra
que es una mamacita.*

La Patria Festiva, los más pequeños del grupo, tomados de las manos, girando en círculos y brincando al compás de los caballitos cantaron así:

*Tierra linda sin igual
aire y agua fresca lleva
un baño para el cuerpo
y juguemos a la lleva.*

María Zenobia y sus amigas, le recordaron a todo el grupo que:

*Al grado 604
hoy les queremos informar
el río lo encontramos limpio
y limpio debe quedar.*

Y parece que eso no le gustó mucho a Pedro Antonio, porque su pandilla les respondió con ésta:

*A las niñas del 604
un consejo le quiero dar:
que se espulguen la cabeza
o los piojos las van a matar.*

Cuando terminaron, los aplausos estremecieron la playa. Los vivos y los hurras no se hicieron esperar. La alegría aumentó en el momento en que uno de los profesores pasó entre la multitud dejando en sus manos la delicia de los dulces de coco.

Y llegó el momento de la decisión. El jurado se había retirado a deliberar. Todos los grupos habían sido muy buenos, muy creativos y muy espontáneos a la hora de la presentación. Dar un veredicto iba a ser muy difícil.

Mientras tanto, todos los grupos hacían planes con el regalo sorpresa.

—Si es un balón —dijo Daniel ansioso—, jugamos un picadito al otro lado del río. Está bien planito allá.

—Y si es un balón de playa, vamos directo al charco. ¡Qué delicia! —sugirió la voz desteñida de alguno de la Patria Festiva.

Todos hacían sus cábalas y cálculos. Estaban

de buen ánimo, sonrientes, corrían, se perseguían y se abrazaban en estrepitosas carcajadas. Otros cantaban en coro “Los maderos de San Juan”, y la canción de cucarachita Martínez se dejó escuchar por allá, entre susurros, porque cada grupo hacía planes antes de la sentencia.

La presencia del profesor Abelardo apaciguó toda la alegría. Solo se escuchaba el rumor del río, porque hasta la brisa tenue que jugueteaba con las hojas detuvo su marcha para ser testigo del veredicto. El profesor tenía la libreta abierta entre sus manos, la misma que llevaba todos los días a clase. Su voz se escuchó conciliadora:

—Todas las coplas fueron muy creativas, pero como ustedes saben, solamente puede haber un ganador, porque solo hay un premio. Felicitaciones para todos. Ahora viene el veredicto.

El profesor hizo un silencio largo y detuvo la respiración. El quejido de un ave agorera se escuchó a lo lejos, pero a nadie le importó. El corazón se les quería salir por la boca. Sus manos y cuerpos hacían extraños movimientos, presas de los nervios.

—Vamos profe —se aventuró a decir Daniel—, diga quién ganó, acabemos ya.

—Está bien, está bien. El ganador es... ¡la Patria Festiva!

Y no pudo explicar más, porque las detonaciones de alegría de unos y las rechiflas de otros

no lo dejaron hablar. Tuvo que esperar un momento para que los ánimos se calmaran.

—Elegir es muy difícil, y a todos no se les puede dar gusto —dijo el profesor Abelardo—. Los que no ganaron hoy, tengan paciencia, que en otra oportunidad será.

Su voz era conciliadora y tranquila. Hizo una pausa y continuó:

—Aquí está la sorpresa para los ganadores.

Una niña menuda con cara de alelí se acercó a recoger el paquete envuelto en papel brillante. El resto de la Patria Festiva la rodeó y la llevaron en hombros a uno de los costados de la playa para abrir la gran sorpresa.

Los Diablos Rojos no se resignaron a la pérdida. Planeaban algo, y Tortuguita era la encargada. Mientras los ganadores decidían quién destapaba el regalo, la única niña de los Diablos Rojos se unió a ellos.

—¡Felicitaciones! Bonito el regalo, ¿quién lo va destapar? —les preguntó.

—Todavía no sabemos —respondió Rafael.

—Yo les ayudo —se ofreció de inmediato la inteligente tortuga. Y como un rayo se abalanzó sobre el paquete.

Acompañada de sus compinches y con el regalo pegado a ella, Tortuguita salió en desbandada en busca de un escondite en lo profundo del bosque. Cuando estuvieron allí, rasgaron el

papel a manotazos y dejaron al descubierto una súper bola multicolor.

La satisfacción se dibujó en sus rostros y de inmediato la pusieron a danzar por los aires, impulsada por las manos, cabezas y pies de los Diablos Rojos. El bosque se inundó de carcajadas y gritos cada vez que la bola se elevaba.

La Patria Festiva salió en persecución de Tortuga y su grupo, pero los Diablos eran muy ágiles, los ganadores no vieron nada, solamente los rastros de muchas pisadas que se dirigían a un camino tenebroso. Ninguno se atrevió a entrar al bosque, en lo profundo se escuchaba el concierto de las chicharras y algunas ranas.

—Yo por allá no voy. Está muy oscuro y miedo —dijo con voz destemplada Rodrigo, un chico de escasos once años—. Volvamos y le decimos al Peque. Los Diablos Rojos siempre nos hacen cosas así.

De súbito oyeron la queja de un chamizo al quebrarse y hasta creyeron oír el maullido de un gato en la penumbra. Esto los intimidó más, entonces decidieron regresar, esperar que los Diablos Rojos volvieran y el Peque los amonestara.

Regresaron llenos de impotencia y rabia por haber perdido el trofeo. De cuando en cuando miraban hacia el bosque con la esperanza de que los Diablos Rojos volvieran con su premio.

cueva, la entregó acompañada de una discul-

pa a nombre de los Diablos Rojos.

María Zenobia, aunque cansada por la búsqueda y pese a no tener muy buenas relaciones con el grupo de Diablitos, fue la única que se acordó de que ellos no habían comido, y les entregó sus morrales.

Los niños se sentaron a devorar con gran apetito las ricas viandas que habían llevado para el almuerzo. Algunos compañeros se sentaron a su alrededor para escuchar la fantástica historia, que salía de sus bocas atiborradas de comida; otros, decidieron jugar un poco con la súper bola multicolor; total, había que esperar.

Allá en Tres Esquinas, en el cruce de los vientos, en lo alto del callejón, se veía llegar a los primeros niños. Eran los Diablos Rojos, que a pesar del cansancio tenían el rostro resplandeciente de alegría. En sus corazones se abría la ventana de la esperanza, las ilusiones y los sueños. El verde limón que en la mañana iluminara esa calleja larga, lucía opaco, y las relucientes camisetas blancas de puños y cuellos verdes parecían los restos de una batalla.

Esperamos que haya disfrutado esta muestra de *El bosque de los susurros* del escritor colombiano *Aníbal Plazas Barreiro*. Lo invitamos a que comparta y difunda esta muestra, logrando así que la lectura sea una forma de entretenimiento masivo. Igualmente, si quiere conocer la obra completa haga clic [aquí](#).

